

EL POST DEL PARROCO

8a

Querida familia parroquial:

Quizás ya lo sepáis, pero nosotros no elegimos las lecturas que se proclaman cada domingo. La Iglesia nos las da para que recemos con ellas. Esto nos une como Iglesia, ya que son las lecturas que se leen en todas partes en un día concreto. A menudo, se puede encontrar un gran hilo conductor que recorre algunas de ellas o todas... y otras veces no tanto. A veces se omiten versículos o solo se incluyen partes de ellos. A menudo me pregunto por qué. ¿Están omitiendo la parte buena? ¿Hay algo malo? ¿Qué es? (Puede que sea la única que piensa en estas cosas, ¡lo admito!)

La segunda lectura de hoy, de la segunda carta de San Pablo a Timoteo, proviene del primer capítulo y comienza con el versículo 8b, que nos dice que «soportemos las dificultades del Evangelio con la fuerza que nos da Dios». Es una poderosa llamada a la acción, un buen mensaje cuaresmal.

Entonces, ¿por qué no empezar con el 8a? ¿A qué se refiere la cita del 8b? Aquí está: «No te avergüences, pues, de tu testimonio de nuestro Señor, ni de mí, que estoy preso por él». ¡No te avergüences! Me pregunto si habría sido mejor para la Iglesia dejar eso en esta semana.

Cuando pensamos en los mandamientos del Evangelio, cuando consideramos las llamadas que Dios nos hace (pensemos en la primera lectura de hoy), cuando se nos presenta la posibilidad de un encuentro increíble con Jesús, ¿es que a veces nos da vergüenza? No estamos seguros de si los demás lo entenderán. Quizás no estamos preparados para dar una explicación completa. Quizás no queremos escuchar críticas o juicios.

Esto puede ser cierto en la oración, ¿no? ¿Hay momentos en los que no somos libres (internamente) para rezar como deseamos? Sin duda, hacemos sacrificios en la oración durante la liturgia, por ejemplo. Sacrificamos algunas de nuestras preferencias personales porque no es lo que hace el Cuerpo de Cristo en la misa. Esto es correcto.

Sin embargo, ¿hay otros momentos en los que no somos tan libres como quisiéramos en la oración? Quizás estamos estancados. ¿Quizás nos da

vergüenza cambiar la forma en la que hemos estado rezando durante años? Si estás dando testimonio al Señor, en tu oración, no tienes nada de qué avergonzarte, nada por lo que preocuparte.

Esto también puede ser cierto en la acción, y quizás más aún en nuestra falta de acción. Últimamente, como sabéis, nos ha abrumado la detención de madres y padres, cuidadores y proveedores, que pueden estar infringiendo la ley civil, pero no tienen ningún problema penal. (La semana pasada, un padre fue detenido después de dejar a su esposa en el trabajo. No hizo nada malo. Lo detuvieron por su aspecto. No hay ningún otro cargo. Ahora está detenido en Nueva Jersey. Su esposa dará a luz el mes que viene).

Oigo a muchos decirme: «Esto no debería ser así», o «No pensé que fuera a ser así», o «No es así como quiero que sea mi país». Sin embargo, tenemos que preguntarnos (como yo me pregunto a mí mismo): ¿estoy haciendo todo lo posible para lograr el cambio, la transformación? ¿Estoy contactando con los líderes políticos? ¿Protestando de forma responsable cuando es necesario? ¿Alzando la voz en los foros en los que puedo? ¿Estoy discerniendo formas de actuar, dentro y fuera de la Iglesia? ¿Estoy compartiendo las noticias con otros para crear conciencia? Estas preguntas no se refieren únicamente a la inmigración. Se pueden aplicar a muchas otras enseñanzas de la Iglesia que estamos llamados a vivir. ¿Cuáles son mis respuestas? ¿Tengo que admitir que a veces me avergüenzo? ¿O tengo miedo de la reacción? Por eso elijo no soportar las dificultades del Evangelio.

¿Es posible que tanto en 8a como en 8b, el autor de la segunda carta de San Pablo a Timoteo nos esté hablando a nosotros?

Si es así, escuchemos otra orden del Evangelio: «Levántate y no temas» (Mateo 17, 7), confiando en el Dios que camina siempre con nosotros y nos ama sin límites.

Por favor, recen por mí, si pueden. Yo prometo hacer lo mismo.



Featherman